

PiNOCHO

AÑO. III
NUM. 124

25 cts

3. JULIO
1927

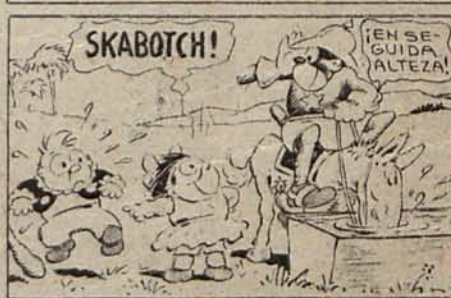


—¿NO VES CON CUANTO SENTIMIENTO BAILO EL CHARLESTON?
—QUIEN TIENE EL SENTIMIENTO DE VERTE, SOY YO.

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



EL CORREO DE CALIFORNIA

CUENTO POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)

O'Brien, en vez de meterse dentro del coche, había preferido colocarse junto al cochero con el fusil entre las piernas.

Dejando la aldea, el correo lanzóse por la interminable llanura, siguiendo dos profundas carriladas, única indicación del camino pisado por los coches.

La noche era oscura y soplaba un viento más bien frío, y los caballos, bajo el impulso incesante del cochero, galopaban velozmente como si no sintiesen siquiera el peso de la maciza berlina.

A derecha e izquierda, la hierba crecía altísima. Eran espléndidas gramíneas que habrían hecho la fortuna de

un ganadero y que no servían de nada porque el miedo de ser atacados por los indios sujetaba a los colonos en torno de los fortines, en donde sentíanse un poco seguros bajo la protección de los soldados.

O'Brien y el cochero abrían bien los ojos, escudriñando las altas hierbas que los dos faroles apenas conseguían iluminar, sin descubrir, por lo menos hasta aquel momento, nada sospechoso. No dejaba de ser extraña aquella tranquilidad, así es que el cochero se ponía en pie de vez en cuando para dominar mejor la pradera.

—Esta tranquilidad — murmuraba — no me tranquiliza. ¿Qué os parece, O'Brien?

—Veremos — contestaba el cazador.

Los caballos proseguían su diabólica carrera, devorando el espacio con fantástica velocidad. Eran bestias fuertes, de piernas de acero, capaces de resistir diez horas seguidas sin descansar un solo momento.

Ahora que se habían calentado, ya no hacía falta emplear el látigo y ni siquiera las riendas. Seguían el sendero por instinto, sin desviarse a derecha ni a izquierda.

Habían recorrido ya unas quince millas, internándose siempre en la interminable pradera, cuando O'Brien, que aguzaba el oído, dijo de pronto a Morgat:

—He oído el silbido de guerra del maldito piel roja.

—¿Cómo es posible que lo hayáis oído entre este estruendo? — preguntó el cochero.

—Estoy seguro de no haberme equivocado — afirmó el cazador.

—¿Hacia dónde lo habéis oído? ¿A la derecha o a la izquierda?

—Me parece que a la derecha.

—Morgat se puso en pie y miró atentamente hacia las altas hierbas. La obscuridad seguía siendo tan profunda que no permitía distinguir a los hombres que estuviesen escondidos entre las gramíneas.

—No se ve nada — dijo, haciendo un gesto de malhumor.

Golpeó contra los cristales de la berlina, y gritó a los viajeros:

—Preparad las armas.

—¿Son los indios? — preguntó sin manifestar temor ni preocupación alguna el joven que marchaba a San Francisco a recoger la herencia.

—Hasta ahora no sé nada; pero puede suceder que de un momento a otro nos salten encima.

Colocóse entre las piernas uno de los dos trabucos, recogió las riendas y alentó a los caballos con mano fuerte gritando:

—¡Al galope, corderitos míos!

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando O'Brien le puso una mano en la espalda diciendo con voz algo alterada:

—¡Ya vienen!

—¿Los pieles rojas? — preguntó Morgat arrugando el entrecejo.

—Veo seis o siete jinetes galopando detrás de nosotros; me parecen indios.

El cochero se volvió y vió, en efecto, unos cuantos jinetes que seguían el sendero a tres-

cientos o cuatrocientos pasos de distancia.

—¿De dónde habrán salido? — se preguntó—. ¿Estará entre ellos el jefe que os quiere robar a vuestra esposa?

—Casi estoy seguro de ello — contestó O'Brien—. Alguien le habrá informado de mi fuga y habrá reunido a sus guerreros.

—Si no son más que esos los que tiene a sus órdenes, no hay que preocuparse — dijo Morgat—. Con dos trabucos les pongo el cuerpo hecho una criba. Por de pronto, hagámosles correr.

—¿Cuándo llegaremos al puesto de relevo?

—Lo más pronto mañana al mediodía — replicó Morgat—. Está muy lejos, pero espero llegar allí sin dejar nuestras cabelleras en manos de los indios.

Estos, pues ya no había nadie que dudase que pudiesen ser otra clase de gente, no demostraban prisa alguna por dar alcance al correo. Contentábanse con





seguirlo, manteniendo la distancia.

Sólo dos de ellos se habían echado hacia la pradera y se les veía galopar al flanco derecho del coche, pero fuera del alcance del trabuco del cochero, con el cual quizá habrían trabado conocimiento más de una vez.

Aquella maniobra no tranquilizaba mucho a Morgatt, que hubiese deseado un rápido ataque en vez de verse perseguido a distancia.

Los indios debían tener algún motivo para proceder de aquel modo que desentonaba de su habitual impetuosidad.

—¿Qué os parece, O'Brien? —preguntó al cazador, que no estaba menos preocupado que él y con razón.

—Que estos indios esperan a otros antes de atacarnos —contestóle O'Brien.

—Entonces el asunto resultaría grave —replicó el cochero—. ¡Si entretanto nos pudiésemos desembarazar de éstos! ¿Vuestra carabina es de buen calibre, verdad?

—Y también de buen alcance.

—Disparad alguno que otro tiro. Sabiéndonos bien armados quizá esos reptiles renuncien a la persecución.

—No sé. Si entre ellos marcha el jefe que quiere raptar a Mary, no nos dejarán tranquilos.

Armó su carabina y apuntó a uno de aquellos indios que galopaban por la pradera.

Aún no había terminado de oírse la detonación, cuando uno de los dos caballos, después de haber dado un salto gigantesco, caía entre las altas hierbas junto con el jinete.

—¡Buen golpe! —exclamó Morgatt—. Tiráis como un cazador del Canadá, señor O'Brien.

En aquel momento gritos terribles resonaron en medio de la pradera. Eran los gritos de los *comancios*.

—¡Ya están ahí! —exclamó O'Brien palideciendo—. ¡Lo esperaba!

Morgatt detuvo con poderoso tesón a los caballos, gritando a los viajeros que iban en el interior de la berlina:

—Ea, señores, coged vuestros fusiles y subid a la imperial; dejad a la señora ahí a cubierto dentro del coche.

El joven canadiense antes que nadie y después los otros dos saltaron rápidamente del coche, llevando sus carabinas y pistolas y se encaramaron de prisa a la imperial, donde ya estaba O'Brien.

—Encárguese del fuego —le había dicho Morgatt—, mientras yo me encargo de los caballos.

El coche había reanudado la carrera, lanzándose por entre las altas hierbas de la pradera. Corría locamente, dando botes y crujiendo, arrastrado por una velocidad vertiginosa. Los seis caballos, asustados por los gritos de los indios y excitados por los poderosos e incesantes latigazos de Morgatt, saltaban como ciervos, con las largas crines al viento, lanzando relinchos de dolor a cada golpe del látigo.

Los indios, que poseían buenos caballos, en breves momentos se encontraron a tiro de flecha y empezaron a lanzar dardos a la imperial; pero pocos llegaban a su destino a causa de las sacudidas desordenadas que el coche imprimía a los viajeros, agrupados en lo alto del coche.

O'Brien y sus compañeros habían abierto un vivo fuego contra los asaltantes; pero sus tiros no producían mucho daño y no eran grandes las esperanzas de dar siempre en el blanco.

Los saltos de la carrera les hacía caer a cada momento uno encima de otro y muchos disparos se perdían.

No obstante, algunos caballos y algunos indios habían caído muertos o heridos; pero sin que los demás se asustasen, antes al contrario, cada vez que caía algún combatiente del caballo, redoblaban los aullidos y aumentaban la carrera asaeteando a los defensores del coche y gritando hasta desgañitarse.

—Rendíos; si no lo hacéis así, os arrancaremos la cabellera.

Y ante estas amenazas, Morgatt contestaba con voz de trueno:

—¡Fuego! ¡Fusilad a estos perros!

El correo proseguía su fuga, mientras el cazador y los tres viajeros mantenían un vivísimo fuego. Distínguase de un modo especial el joven que iba a recoger la herencia, que se exponía intrépidamente a las flechas enemigas y muy raras veces le fallaban los tiros.

Ni siquiera la mejicana permanecía inactiva. De vez en cuando sacaba su carabina por la portezuela y hacía un buen blanco derribando, bien un caballo, bien un indio.

Aquella carrera no podía durar mucho. Los indios *comancios* son los más valerosos guerreros de las tribus indias y no titubeaban fácilmente aunque tuviesen que batirse en igualdad de condiciones con hombres de la raza blanca.

Viendo que la resistencia proseguía obstinada, se

(Concluirá en el número próximo.)



**LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA**

¡BIEN, BIEN, PUES
ENTRÉGAME EL ANILLO!



¡PUES SEÑOR NO ME
ATREVO A DECLARAR-
ME A EMERENCIA-
NITA!



¡HOLA; ROBUSTI-
TIANITO!



¡EJEM, EJEM.....
SI.....NO..... PUEDE
.....!



¡BIEN, BIEN,
PUES ENTRÉGAME
EL ANILLO!



¡TOMA; SI PRECISA-
MENTE TRAIA EL ANILLO
DE PEDIDA! ¿CUANDO NOS
CASAMOS?

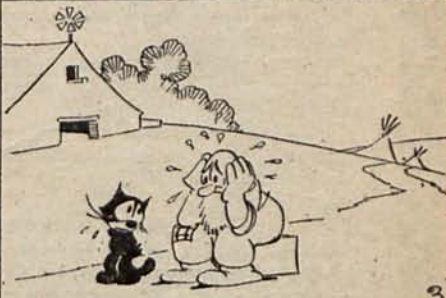


PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO

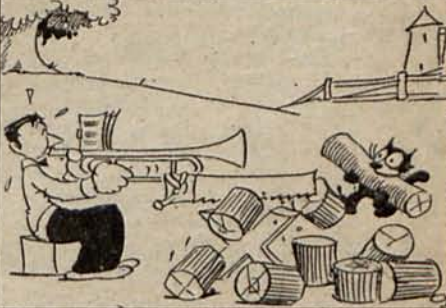
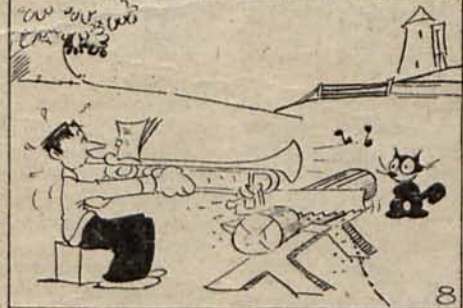
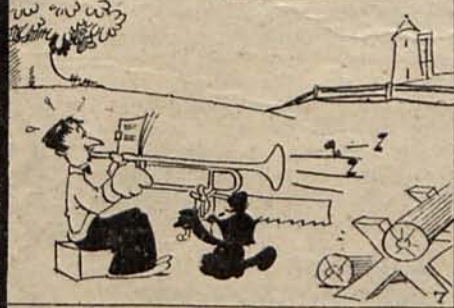
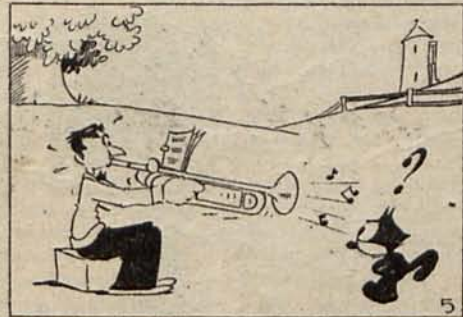
¡MIRA, HIJO; PODÍAS AYUDARME
A SERRAR ESTOS POQUITOS
TRONCOS!



¡LO SIENTO MUCHO, PERO
TENGO QUE ESTUDIAR LA
LECCIÓN EN EL TROMBÓN!



¡ESTE ASPIRANTE
A WAGNER VAA
SERRAR LOSTRON-
COS, O DEJO DE
APELLIDARME
"MORRONGUIS"!



¡TENDRÉ QUE SERRAR
YO LOSTRONCOS POR-
QUE ESE GANDUL.....



EL CRUCERO SIN NOMBRE

POR A. M. GIANELLA



(Continuación.)

—Pues bien, sabedlo: esa doncella, que es bella como una *deva* (1), fué raptada por mí con la ayuda de tres *thugs*, hace cuatro días, al paso de un cortejo nupcial por las calles de Batavia.

Esta es la prueba más clara de la fe sincera que me une a vuestra causa, y he querido dárosela a fin de que, si algún día yo corriera peligro, no os olvidéis del hombre que os ha sido tan devoto.

Flaxman terminó con una reverencia en medio de un murmullo de aprobación tan manifiesta, que un rayo de alegría iluminó sus pupilas.

—By-God —pensó el miserable—; ¡que vengan ahora a tocarme!... ¡Con un poco de habilidad me he rodeado de una guardia capaz de hacer reventar de envidia a todos los reyes de la tierra!

Mop estaba indignado; si los ojos pudieran herir a una persona, Flaxman hubiera caído acribillado por las miradas del ex ladrón, que juraba para sus adentros no haber conocido jamás un monstruo semejante a aquel hombre y maldecía entre dientes la imposibilidad en que se veía de agarrarle y hacer con él allí mismo una pepitoria.

La voz del Jefe supremo le distrajo, por fortuna, de tales propósitos, que le causaban una exaltación peligrosa.

Aquella voz decía:

—Hermanos, el día solemne invocado por todos vosotros está cercano; un íntimo presentimiento me lo dice, y Káli, la diosa omnipotente, lo apresurará.

Aquel día, los innumerables miembros de la Secta libertadora serán veloces como la luz que surca el espacio, del *swarga*; potentes como el *virgatha*, el sopro sobrenatural que levanta las arenas del país de *Madyadisa*; irrefrenables como las sagradas ondas del Ganges o como el misterioso océano, y dispondrán de la gran voz que habla a las tempestades sobre las cumbres del Himavat (2).

Transmitiréis estas palabras a los fieles que esperan y velaréis como la lámpara sagrada de la pagoda.

Y ahora, condúcense aquí la virgen inglesa y el *pudjary*; ya ha esperado bastante la diosa su holocausto.

Durante algunos momentos reinó un profundo silencio; luego oyéronse algunos pasos, y cuatro personas salieron de un ángulo oscuro del templo, acercándose a la gran piedra, cuya cabecera ocupaba la imagen de la diosa Káli.

Mop fijó en ellos la mirada y vió en primer lugar un *thug* medio desnudo, alto y vigoroso, armado de una especie de gruesa daga; luego otros dos *thugs* que conducían en medio a una joven vestida de blanco y cubierta por un velo.

Mop quiso adivinar sus facciones, pero no le fué posible; sin embargo, un extraño escalofrío le recorrió los miembros.

Desde aquel momento no abandonó con la mirada a la infeliz jovencita que había de servir para la bárbara ceremonia de un rito infernal, y así vió al *thug* de la daga, que era el *pudjary* o sacrificador, acercarse a ella, conducirla junto a la piedra rectangular, hacerla sentar encima sin que

ella hiciera el menor acto de resistencia y de pronto quitarle de la cabeza el velo con la mano izquierda, mientras levantaba en actitud amenazadora la diestra armada.

Mop pudo entonces ver la cara de la doncella, perfectamente iluminada por la luz de las antorchas, y un rugido terrible le escapó de la garganta.

—¡Dios mío!... ¡Miss Ellen Davy!

Apenas había proferido estas palabras, algunos disparos sonaron no muy lejos, mientras bajo la bóveda del templo, inmediata a la sala de la reunión, retumbaban gritos de rabia y los furiosos ladridos de un perro.

Mop dió un nuevo grito, pero esta vez de alegría, y pronunció un nombre:

—¡Black!

II

BLACK HACÉ PRODIGIOS Y DESPUÉS SE ECLIPSA



ABÍAMOS dejado al capitán Davy y al marinero Patrik, acompañados del insuperable Black, dispuestos a gustar de las delicias de una mesa dispuesta para ellos por el buen Cónsul inglés.

Hemos dicho *gustar*; pero, en honor a la verdad, debemos limitar este verbo a uno solo de los tres personajes, pues los otros dos estaban demasiado tristes y preocupados por los sucesos ocurridos para poderse entregar al placer de la gula con facilidad.

Black, en cambio, no pensaba, y si pensaba, sus pensamientos no eran de tal naturaleza que llegasen a inquietarle o hacerle perder aquel envidiable apetito que revelaba en él una salud de hierro y un estómago de avestruz.

Black, pues, sintió su olfato impresionado por los más succulentos manjares y se dispuso a honrar todo lo posible la cocina del señor Cónsul de Inglaterra; por esta razón, mientras sus dueños comían como dos enfermos, el valiente alano devoraba como un perro de conciencia tranquila.

Terminada la comida, Black entró en el comedor y fué majestuosamente a acurrucarse junto al capitán Davy, entornando los ojos con aire de profunda gratitud y proponiéndose digerir bien lo que con tanto gusto había devorado.

Pero pronto hubo de convencerse de que, muchas veces, los propósitos de los perros tienen mucha semejanza con los de los hombres en cuanto a su cumplimiento.

El Cónsul, Davy y Patrick discurrían, entre bocado y bocado, sobre los sucesos que embarazaban su corazón.

—La desaparición de vuestra hija —dijo de pronto el primero volviéndose hacia el capitán—, dadas las circunstancias en que ha sucedido, es grave, gravísima, y lo que más me choca y me inquieta es la absoluta falta de indicios, por pequeños que fuesen, que puedan servirnos de guía para la busca.

Jaime Davy y Patrick suspiraron y palidecieron, comprendiendo que lo que el Cónsul decía era verdad.

(1) Angel.

(2) El Himalaya.

Este; para contrarrestar en parte la mala impresión de sus palabras, añadió en seguida:

—No quiero, sin embargo, haceros perder la esperanza, sino hacer que reflexionéis mejor sobre la dirección que debemos seguir en nuestras investigaciones.

—Muy justo —murmuró el capitán.

—Hablemos, pues, del asunto; ¿qué propósitos eran los vuestros?

—Utilizar la inteligencia de Black.

—¡Oh!

—Sí; así como Black ha sabido, con su maravilloso olfato, encontrar el rastro de Patrick..., ¿por qué no había de encontrar también el de mi hija?

—¡Ay, el caso es bien distinto!

—¡Cómo!

—Os lo diré: Patrick había pasado por la calle poco antes que nosotros, ¿no es así?

—Así es —confirmó el marinero.

—Por tanto, las señales de su paso no habían sido aún del todo borradas para el admirable olfato de Black.

Por el contrario, *miss Ellen* fué robada hace cuatro días, si no me engaño.

—Es verdad.

—Por otra parte, seguramente sería transportada dentro de algún coche, y bien sabéis que no hay sabueso que tenga la milagrosa prerrogativa de poder distinguir las huellas que dejan tras de sí cuatro ruedas en una ciudad como Batavia.

El capitán Davy se puso cadavérico y se estrujó la cabeza entre las manos; Patrick se mordió los labios hasta hacer saltar la sangre; Black emitió una especie de gruñido.

—Animo, amigos míos —continuó el Cónsul—; he querido demostraros que las dificultades, con vuestro recurso, son enormes, insuperables, y que, por tanto, creo mejor el mío.

—¿Eh? —exclamaron a un tiempo Davy y el marinero.

—Seguramente; tengo un medio aún y me he apresurado a ponerlo en juego.

—Mister, os lo suplico, explicaos mejor.

—Es facilísimo: hace poco he enviado al gobernador una carta en que le refería brevemente lo sucedido. Se trata de la desaparición de una inglesa, tal vez de un rapto, y ya veréis cómo antes de que sea de noche toda la policía de Batavia está a nuestras órdenes.

Estas palabras del Cónsul reanimaron un poco a sus dos comensales, y la esperanza renació en sus corazones.

Black, durante este diálogo en que su nombre era pronunciado tantas veces, no había podido llevar a cabo sus honrados propósitos, y cuando aún pensaba poder saborear las dulzuras de un tranquilo reposo, un criado anunció la llegada de un correo de S. E. el gobernador de Java, el cual notificaba las disposiciones tomadas.

El Coronel inglés no se había engañado al asegurar a sus amigos que aquel mismo día toda la policía de Batavia estaría en movimiento: a la puerta del consulado, veinte soldados, mandados por un oficial holandés, esperaban las órdenes del Cónsul, y numerosos agentes de policía hacían pesquisas ya por los distintos barrios de la ciudad con una diligencia digna del mayor encomio.

—¿Qué os decía yo? —dijo el Cónsul comunicando al capitán Davy y a Patrick las disposiciones tomadas.

—Nuestra gratitud será eterna —respondieron sus huéspedes conmovidos.

—Silencio; aún nos queda por hacer lo mayor: encontrar a *miss Ellen*.

—Es verdad.

—No perdamos, pues, un tiempo precioso.

—¿Vais a salir, señor Cónsul?

—¡Caramba!

—Pero...

—No estemos más aquí; ha desaparecido un súbdito de la vieja Inglaterra, y yo no debo descansar hasta que se

encuentre, tanto más cuanto que tal súbdito es una joven-cita, y además hija de un hombre a quien desde hoy contaré en el número de mis amigos.

¡Vamos, señores; el corazón me dice que nuestrás gestiones se verán coronadas por el éxito!

El Cónsul salió, seguido del capitán Davy y del marinero, mudos por la emoción, y de Black, tan cómicamente serio, que, en cualquiera otra ocasión, hubiera suscitado un verdadero coro de hilaridad.

Mas apenas se encontró en la calle, apenas vió a sus dos amigos y al Cónsul echar a andar con aquel lujo de fuerzas que les seguía a cierta distancia, el valiente alano comprendió sin duda que se trataba de cosa seria; recordó la esperanza que habían puesto en él allá en el camarote del *Standard*, y se dijo, pues creemos que tan excelente animal tenía, además de inteligencia, un lenguaje particular, incomprensible para los hombres:

—¡Ea, Black, hagamos cuanto esté de nuestra parte, que ya descansaremos después!

Y como buen explorador, comenzó a olfatear en todas direcciones.

¿Qué es lo que descubrió?

Es muy fácil adivinarlo, y nosotros lo diremos sin rodeos: olfateó los pasos recientes de una persona amiga, cuya presencia en Batavia tan sólo él conocía, y tal persona era Mop; Mop, que hacía poco había pasado por allí en seguimiento de Flaxman.

Encontrada una pista, Black no la abandonaba, sobre todo si aquella podía servir para hacer descubrimientos de importancia; por eso hizo oído de mercader a todos los llamamientos de sus dueños, y como si tal cosa no bastase, viendo que el capitán Davy aún no le había comprendido, se acercó a él, agarróle con los dientes de la chaqueta y empezó a tirar.

—Black, ¿qué quieres? —dijo al fin el capitán—. ¿Has descubierto algo?

El alano exhaló un gruñido de alegría y se puso en camino, como en vanguardia.

—Sigámosle —dijeron al mismo tiempo Jaime Davy y el marinero, concibiendo esperanzas.

—Sigámosle —respondió el Cónsul, que, teniendo pruebas de la inteligencia de Black, no osaba oponerse, si bien en el fondo de su corazón sentía cierto escepticismo—. Señor oficial, ordenad que vuestros hombres vengán detrás, a cincuenta pasos de distancia, y que estén preparados para cualquier eventualidad.

Todos se pusieron en movimiento, precedidos de Black, el cual tomó con la mayor seguridad el camino que conduce a Buitenzorg, y llegado a la selva, se internó en ella sin dudar lo más mínimo.

El Cónsul, por el contrario, mandó hacer alto e hizo acercarse a los soldados que les acompañaban.

—Procedamos con cautela —dijo—; las selvas de Java no son tan peligrosas como los tunglanes indios; pero siempre puede esconderse en ellos algún tigre o algún rinoceronte.

Además, juraría que nos encontramos sobre la pista de los raptos de *miss Ellen*, no lo dudo, y es posible que nos espere alguna gran sorpresa.

Ojo alerta, pues; atención y mano a las armas; aváncenos lo más juntos que sea posible y en silencio... Vos, capitán Davy, atad a Black, porque va a oscurecer en seguida, y luego no veremos nada.

El capitán llamó inmediatamente al perro, que esta vez obedeció dócilmente, como si hubiese comprendido las palabras del Cónsul, le ató con una cuerdecita y luego le dijo:

—¡Sus, amigo mío, búscale!

El alano emprendió de nuevo su camino, deteniéndose

(Continuará en el número próximo.)



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



-TOMA UNA ESCOPETA, CURRINCHE, VAMOS A SALIR A DAR UN PASEO QUE HAY UNA LUNA ESPLÉNDIDA



-BIEN, ASÍ NOS DEFENDEREMOS DE LAS FIERAS

-ESTOS PARAJES SON MUY PELIGROSOS, ABUNDAN LAS PANTERAS, LAS HIENAS, LOS TIGRES Y LOS LEOPARDOS



-¡ANIMALITOS DEBEN ESTAR TEMBLANDO DE MIEDO!

-NO TE ASUSTES, CURRINCHE. ES UN ÁRBOL.



-PUES QUE NO GASTEN BROMAS LOS ÁRBOLES PORQUE MATO A UNO

-¿Y TU ESCOPETA?

-¡AH! NO SE, SE ME HA CAÍDO DEL SUSTO



-LA NOCHE ESTA CLARA, GRACIAS A ESA LUNA QUE NOS ALUMBRA YO CREO QUE...



-¿QUE, CURRINCHE?

-DIGO YO QUE LO MEJOR SERIA QUE PROBARE ANTES A TIRAR UN TIRO AL AIRE, PORQUE EN MI VIDA HE TENIDO EN MIS MANOS UNA ESCOPETA

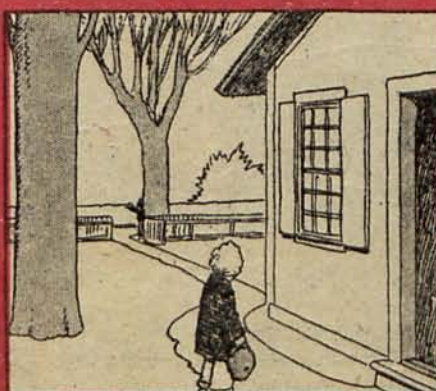


-ME PARECE BIEN. ASÍ TE ENTRENAS UN POCO

-VOY A HACER FUEGO



ANITA BUEN- CORAZON



CUENTOS DE CAJILLERA

EL HOMBRE EN LA LUNA



Paco Peco y Pico de Peca, menestral barbudo y alegre, estaba un día en el bosque, donde había hecho provisión de varas para hacer cayeras y pitos. De pronto, oyó rumor de lucha. Púsose a escuchar. Sí; eran voces de disputa. ¿A ver? Se acercó más y oyó palabras incongruentes,

—¡Parapasi: esto no son pinzas!

—¡Carami, Carami, Penkolor!

Intrigado, Paco Peco siguió andando guiado por el oído. A pocos pasos presenció una escena inesperada.

—¡Atiza!—pensó—; la sota de espadas está asesinando al rey de bastos.

Y, en efecto, un muchacho joven, con una espada en la mano, parecía atravesar a un viejo que, tendido en el suelo, debía de estar ya muerto o malherido. Ambos personajes llevaban trajes rarísimos, como de gentes de la Edad Media o de... bueno, de hace mil años. Y se parecían, en efecto, al rey y a la sota de una baraja que Paco Peco tenía en casa para jugar a la mona.

La supuesta sota de espadas, al ver a Paco Peco, dió un salto atrás. Luego, al comprobar que no tenía armas, se acercó al rey de bastos, y, dándole con el pie, comprobó que no se movía. Entonces le volvió la espalda. Allí cerca estaban plantadas e inmóviles unas águilas enormes. La sota se acercó rápidamente a una de ellas y, de un salto, se subió encima. El águila echó a volar inmediatamente y desapareció con su jinete.

Paco Peco se acercó al viejo con ánimo de auxiliarle si aún era tiempo. El rey tenía un ojo cerrado, pero abría el otro sigilosamente. Al ver a Paco Peco abrió entranbos y dijo:

—Se fué ese traidor... ¿verdad? Sí, sí; ya no se oye... el aleteo de su águila... Pronto, buen amigo, pronto... Pronto o será tarde...

—¿Qué he de hacer, Señor, en servicio de Vuestra Majestad?—preguntó, solícito, Paco Peco (dando por hecho, en su turbación, que estaba hablando con el rey de bastos).

—Meta la mano... en mi bolsillo... y saque un frasquito... que encontrará... en forma de cuerno...

El viejo hablaba con esfuerzo. La herida era muy honda y la sangre salía a borbotones.

Paco buscó el bolsillo del Monarca y empezó a sacar cosas: el pañuelo, una navajita, dos pitillos, una goma de borrar, un encendedor automático, unas pinzas, el último número de PINOCHO, una castaña... Dios mío, y el cuerno en forma de frasco, o digo el frasco en forma de cuerno, sin salir.

—¡Prontooo...! ¡Prontooo!—decía el rey.

—Señor, no parece. ¿Decís que un frasco en forma de cuerno? ¿de cuerno de qué?

—De cuerno de la luna—dijo el rey de bastos con voz desfallecida.

Paco Peco sintió un pinchazo.

—¡Cuerno!—dijo (estaba, como véis, bastante mal educado). Pero reponiéndose, continuó:—¡Aquí está! ¿Qué he de hacer? Era un frasco precioso de marfil; y parecía el colmillo de un elefante diminuto.

—Sí—pensó—; realmente, quien únicamente tiene los cuernos así es la luna.

—Viértame en la herida... ¡ay!... tres gotas... ¡ay!... del líquido

que contiene, al hacer yo esta señal (y movía un dedo estirándolo y encogiéndolo).

Paco Peco levantó el tapón, que era un magnífico rubí redondo, y aguardó la señal.

—¡Alirón! ¡Pon! ¡Pon! ¡Pon!—dijo el rey. Y a cada ¡Pon! acompañó la señal del dedo: Y a cada señal siguió una gota del líquido, cuidadosamente vertido por Paco Peco.

Apenas había caído la última, cuando desapareció la herida por completo; y el anciano se levantó de un salto y gritó:

—¡Mi corona! ¿Dónde está mi corona? ¡Ah! Ya la veo—. Y alargando la mano, cogió una coronita que estaba colgada en una rama, y se la puso.

Paco Peco, entusiasmado, comenzó a gritar:

—¡Ay, que sí es! ¡Ay, que es el Rey de bastos!

—¡El Emperador de la Luna, amigo mío!—contestó dignamente el anciano—; el cual te debe agradecimiento por tu solitud, que me ha hecho revivir. Sin tu oportuna llegada y buena voluntad, el pérfido Penkolor se hubiera salido con la suya. ¡Ah, miserable! El me las pagará. Y tú... tú, amigo mío... Pero ven, ven conmigo.

Y tomando de la mano al asombrado Paco Peco, se dirigió con él hacia las demás águilas, que aguardaban a su señor.

—Monta en esa—dijo a Paco Peco.

—¡Cá, hombre! Si yo me subo ahí, me caigo.

—Pues ella te llevará. Anda, Cabucia, cógele.

Y de un salto montó en la otra águila. Cabucia agarró a Paco Peco por la faja y se remontó en el espacio.

—Paco Peco gritaba horrorizado. Un medio tan inusitado de locomoción le ponía todos los pelos de punta. Pero el Emperador hizo que su águila—Coreta se llamaba—se aproximase a Cabucia, y dijo a Paco Peco:

—Tranquilízate. Nada te pasará. Nada malo. Bueno, sí; ya lo verás. No he podido explicarte nada ni esperar a convencerte, porque no tengo un minuto que perder; y por eso te he cogido por sorpresa, pues de ningún modo quería dejar de recompensarte. Me llamo Parapasi, y, como te he dicho, soy Emperador de la Luna. Ese muchacho

que intentó asesinar me era mi favorito; se llama Penkolor y es un traidor que aspira a apoderarse de mi trono. Por esto, sin duda, me tendió esta trampa de llevarme a la Tierra con el pretexto de coger percebes, que sabe que me gustan mucho y que en la Luna no los hay. Tengo que llegar a la Luna inmediatamente. Si llego a tiempo, mis fieles soldados pelearán con los suyos, y el triunfo es indudable.

—¿Y cómo usáis, Señor, las águilas como medio de locomoción? ¿No tenéis caballos voladores?

—Los tenemos; pero las águilas vuelan más de prisa. Además, un rey y un caballo... No faltaría quien se apoderase de ellos para hacer las cuarenta.

Paco Peco no comprendió el chiste de S. M.; no sabía jugar al tute. Además, ya estaban en la Luna.

Parapasi echó pie a tierra en su palacio. Formó la guardia y el Emperador entró como una flecha, seguido de Paco Peco, a quien los lunáticos miraban con gran curiosidad.

—¡Pronto!—exclamó Parapasi—: que forme inmediatamente mi ejército para la batalla.

Y tan inmediatamente! Como que ya avanzaba por la lla-





nura el ejército de Penkolor. Unos minutos más tarde ambas tropas estaban frente a frente y comenzó el combate.

Combate singular, por cierto. Los dos ejércitos, formados cada uno en una fila, se colocaron frente a a frente y se quedaron inmóviles como a tres metros de distancia una fila de la otra. Caso único en la historia del Universo: para aquellos dos ejércitos no había más que un solo general, que llevaba medias, calzón corto y una de esas chaquetas ribeteadas que se ponen los árbitros en un partido de fútbol. De pronto, el general gritó la voz de mando:—*¡Cul! ¡Cuch!*

Y ambo ejércitos cayeron en cucullas.

—*¡Sal-tasil!*—añadió el general. Los ejércitos avanzaron uno hacia otro dando saltos en cucullas. Y, al juntarse, dieron un salto más y media vuelta, quedando cada soldado espalda con espalda de un soldado enemigo.

Entonces mandó el general:—*¡Ca-ramil!*

Y empezó el *caramillo*. Que consistía en darse *cargas* o empujones con los hombros, las caderas o de cualquier otro modo, pero sin mover las manos; en las cuales cada soldado llevaba un instrumento brillante y pequeño que intrigaba mucho a Paco Peco.

—¿Para qué será eso?—se decía. Pronto lo descubrió. Uno de los soldados tiró al suelo a otro e inmediatamente le puso la rodilla sobre el pecho y gritó:

—*¡Viva-vil! ¡Te cacé un pelil! ¡Te cacé un pelil!*

Le cogió la cabeza; y con el pequeño instrumento brillante, que no era sino unas vulgarísimas pinzas—como las que llevaba el Emperador en el bolsillo—, le cogió delicadamente un pelo y se lo arrancó. El soldado vencido dió un salto y exclamó furioso:

—*Más caramil! Más caramil! ¡Que ahora me toca a mí!*

Y empezaron otra vez a darse empujones.

Lo mismo hacían todos los soldados de ambos ejércitos, y entonces comprendió Paco Peco por qué los soldados más condecorados estaban todos casi calvos como sandías. Sin duda, habían tomado parte en mil combates, y en cada cual les habían gritado muchas veces el *¡Viva-vil! ¡Te cacé un pelil!*, y habían sido por ello recompensados.

El combate se prolongaba. Los soldados jadeaban ya, cansadísimos, y el suelo estaba de pelos como una peluquería en sábado por la tarde. Parapasí temía ser derrotado, y entonces Paco Peco, acercándose al Emperador, le pidió permiso para intervenir, asegurándole que la victoria sería suya. Parapasí accedió encantado. Y entonces Paco Peco entró en batalla. Dando empujones no podía hacer mucho, pues, aunque en su juventud había sido futbolista, no era posible que compitiese con *campeones del empujón*, entrenadísimos como aquellos. Pero Paco Peco era bromista y aquel día precisamente llevaba en el bolsillo unas cuantas cosas que le sirvieron eficazmente. De un salto se plantó en el campo de batalla, y, sacando unos garbanzos de pega, los tiró: *¡Paf! ¡Pum! ¡Paf!* con gran estrépito. Los soldados de Parapasí y de Penkolor quedaron inmóviles del susto. El cual aprovechó Paco Peco para encender dos cohetes y un buscapies que corría, corría y sembraba el espanto en las filas.

—¡A mí los Parapasitas!—gritó Paco Peco. Y todos los fieles súbditos del Emperador rodearon a Paco, como si Paco fuese el *goal* y fuesen a tirar un *corner*.

Paco entonces sacó una cajita con polvos para hacer estornudar y los arrojó sobre el ejército contrario. Aquello fue fantástico.

—*¡Atchiss! ¡Atchiss! ¡¡¡ATCHISS!!!*

No tenéis ni idea de la que se armó. Paco encendió otro buscapies y dos luces de bengala. El ejército de Penkolor huyó despavorido.

—*¡Le vil! ¡Atchiss! ¡Le vil! ¡Atchiss! ¡Es un mago, sí, sí!*—iban diciendo mientras estornudaban como fieras y corrían que se las pelaban. La victoria era completa. Parapasí abrazó entusiasmado a Paco Peco, y mientras, los vivas atronaban el espacio.

Al día siguiente de la batalla en cucullas se reunió el Alto Tribunal de Justicia para juzgar a un combatiente que había sido sorprendido dos veces echando la zancadilla a un enemigo, artimaña fea que el General había castigado con un *penalty* lunar, enviando al parapasita al calabozo. Paco Peco intervino a su favor; y como gozaba de grandísima influencia con Parapasí, obtuvo que el zancadillero fuese puesto en libertad después de prometer solemnemente que, antes de volver a emplear tan desleal procedimiento, renunciaría a lanzar el codiciado grito: *¡Viva-vil! ¡Te cacé un pelil!*

Paco Peco pasó una semana en la Luna. Visitó las inmensas fábricas de *Armarios de luna*, que abastecen, no sólo a la Tierra, sino a diversos otros individuos del sistema planetario; las manufacturas de *lunares*, algo en decadencia porque ahora se llevan poco, y otras muchas cosas de interés local. Comprobó que el día de fiesta en la Luna es el *lunes*, naturalmente.

Pero Paco Peco tenía que marcharse a la Tierra. En su casa estarían intranquilos. Y además era sábado y el domingo había un partido internacional de fútbol que le interesaba extraordinariamente. Pidió, pues, licencia a Parapasí para volver al planeta terrestre, y el Emperador, luego de concedérsela, le despidió con estas palabras:

—Paco Peco, hijo mío; te debo la vida, el trono y la victoria más grandiosa que registra nuestra Historia Universal. Mi gratitud sin límites no encuentra premio suficiente para tales favores. Te nombro *Caralampio Mayor de mi Reino*.

—Y eso ¿qué es?—dijo Paco Peco.

—La más alta dignidad de mi Imperio. Sólo por ser *Caralampio Mayor* tienes derecho para exigir que te conviden a patatas fritas y queso en todas las casas de la Luna, todos los días y a todas horas. He mandado que, desde hoy, todos los niños de la Luna, al comer un bombón, un caramelo, un bizcocho u otra cosa buena, invoquen tu nombre diciendo:

«Muy bueno es esto, sí, señor; mas Paco Peco es aún mejor.»

Te concedo el Gran Collar del Cuarto Menguante, la más alta condecoración de este Satélite. El que la posee puede ponerse a sí y a su familia en los Cuernos de la Luna. Dinero lunar no te doy... porque aquí no hay más cuartos que el citado Menguante y el Creciente. Pero precisamente hace unas semanas que se ha inaugurado en la Luna una sucursal del *American Banking Camelish C.º* de Chicago (U. S. A.), y les he exigido un cheque de quinientos mil dólares para ti. Aquí lo tienes.

Paco Peco, eternecido, abrazó a Su Majestad y se subió a un águila con *side-car* que Parapasí, siempre amable, había mandado construir especialmente para el regreso de Paco a la Tierra. El cual se realizó felizmente. Y ahora, cada vez que Paco juega a la *mona* o al *julepe*, si sale el rey de bastos, le dice:—*¡Hola, Parapasí!*

Y se echa a reír acordándose del combate con las pinzas:

—*¡Viva-vil! ¡Te cacé un pelil! ¡Te cacé un pelil!*

F I N



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?
—Hoy quiero saber, querido buho, algo sobre el escorpión o alacrán. Acabo de leer la narración de un viaje por las inmensas selvas del África tropical, y me ha emocionado el trágico fin de un negrito que murió a consecuencia de la venenosa picadura de uno de estos temibles escorpiones.

—Desde luego, es un bicho de cuyas picaduras debe uno guardarse, porque los efectos del veneno que inyecta su aguijón son dolorosísimos y pueden producir graves trastornos.

—¿No te digo que lei en ese libro de cuentos que un niño negro murió de la picadura de un alacrán?

—Es que esos alacranes del África, como los de la India, son mucho mayores que los que se conocen en España, y la cantidad de veneno que inyectan es también mucho mayor.

—¿Entonces los de nuestro país no producen la muerte?

—No es probable, querido Chonón. Sobre todo si se atiende en seguida a curar la picadura. De todos modos, no se evitan ni los dolores ni las penosas operaciones de la curación.

—Bueno, dime cómo es el escorpión, porque quiero conocerlo para ponerme en guardia si acaso tropiezo con alguno en mis paseos por el campo.

—El alacrán o escorpión es un artrópodo del orden de los arácnidos. Llega a alcanzar en algunos países hasta veinticinco centímetros de longitud y aun más. Tiene un aspecto casi igual que el del cangrejo de río. Su abdomen consta de trece segmentos o anillos, y en el último es donde lleva el punzante aguijón, que comunica por unos pequeñísimos conductos con unas glándulas, que son las que segregan el veneno.

—Yo creía que mordían con la boca.

—Y con la boca muerden, pero no para agredir. La boca sólo la utilizan para ingerir los alimentos.

—¿Y qué comen estos arácnidos?

—Se alimentan de arañas e insectos casi siempre perjudiciales.

—Menos mal que tienen esta propiedad en favor suyo.

—Menos mal. Para coger la presa disponen de dos largos palpos maxilares que terminan en pinzas, como los cangrejos, y con estas pinzas trituran y mastican los alimentos.

—¿Y no se defienden las arañas cuando se ven cogidas por el alacrán?

—Si la presa se mueve o se resiste, entonces levantan en alto la cola, la encorvan hacia adelante y clavan el aguijón en la víctima, que muere instantáneamente.

—También se dará alguna vez el caso de que la araña, sobre todo si es venenosa, tenga tiempo de picar al alacrán y matarlo, ¿no te parece?

—No puede ocurrir esto, porque la carnosidad blanda de la ara-

ña no está protegida por nada, y en cambio el escorpión va enfundado en una coraza que es lo suficientemente resistente para no dejar que penetre el aguijón de otros insectos.

—Le temerán todos, ¿verdad?

—Y mucho, porque su voracidad es extraordinaria. Por la noche es cuando sale a hacer sus correrías, y durante las horas en que hay luz permanece oculto bajo las piedras o en los resquicios de las maderas podridas.

—¿Y cómo se las arregla para ver por las noches?

—Éso no es extraño, Chonón. Son muchísimos los animales que en la obscuridad ven perfectamente. El escorpión está dotado de tres a seis pares de ojos, según las especies. Me parece que por falta de vista no se le escapará ninguna presa.

—Pues para lo que sirven, casi sería mejor que no tuvieran ojos.

—Ya te he dicho antes que su voracidad es extraordinaria.

—¿Y qué quieres decirme con esto?

—Que destruyen muchos insectos que son muy perjudiciales para la agricultura. Aparte de esta utilidad, también se les aprovechaba antes para fines curativos. Hay libros de farmacopea que registran el aceite o grasa de escorpión como muy beneficioso para curar las picaduras de insectos venenosos. En los pueblos en donde se conocen los escorpiones existe todavía la costumbre de que cuando se siente su picadura se procura matar en seguida al alacrán que la ha producido para machacarlo con una piedra y colocarlo con un trapo sobre el sitio donde ha picado.

—¡Valiente cataplasma! ¿Y no hay otro procedimiento para curarse?

—Otro hay que también tiene su repugnancia y es practicado muchas veces por la gente del campo. Consiste en succionar la picadura con la boca, escupir después y lavarse bien la boca. De esta forma se extrae casi todo el veneno y se aminoran sus efectos.

—¿Y no corre peligro de envenenarse el que se presta a succionar la picadura?

—El peligro existe al mezclarse el veneno con la sangre, y en la boca no es fácil que esto suceda. De todos modos, es lo más prudente, limpio y seguro llamar a un médico, que pondrá en práctica procedimientos científicos para lavar y desinfectar la herida. Hoy día se conocen antidotos que neutralizan en seguida el efecto del veneno.

—Entonces, buena gana de andar con repugnantes cataplasmas o con succiones peligrosas, ¿no te parece?

—Pero cómo se trata de un recurso de urgencia, y a veces no en todos los pueblos hay médico...

—Tienes razón, querido buho.

—Hay que estar en todo, amigo Chonón.



CORRESPONDENCIA

Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.



Rosalía Mendoza.—Yo no veo manera de solucionar el conflicto que me planteas. He dado muchas vueltas a mi cabeza, y aunque casi me la he destornillado del tronco de madera que la sujeta, no he dado con la solución tan apetecida. Yo quisiera, como tú, que la colección de mi Revista pudiera conservarse y encuadrarse sin las mutilaciones que forzosamente impone el envío de cupones y las soluciones de los pasatiempos; ¿pero cómo? No veo la forma, porque ni los cupones ni los pasatiempos pueden publicarse sino en la misma Revista. ¿Se te ocurre a ti algún procedimiento? Si es así dímelo, y no sabes qué alegría me darás de poder utilizarlo. Abrazos de Pirula, Anita y Laura.

Pedrito Martos.—¿Que si están bien tus dibujos? Formidables. ¿Que si se publicarán? No faltaba más. Viniendo como han venido con sus correspondientes cupones y gustando como han gustado, nada se opone a que los veas en las columnas de mi Revista. Aunque estuvieran muchísimo peor, estarían bien hechos. Esto te demostrará lo magistralmente que dibujas. Ese lápiz, querido Pedrito, en tus manos, no puede hacer dibujos malos. Eso queda para Currinche, que no sabe ni hacer un mono. Tuyo muy cordialmente.

Luisito Mora de Guzmán.—Yo no puedo en este mismo instante precisarte dónde andará ese malvado Chapete. Como casi siempre tiene que viajar de incógnito, porque si no no lo admitirían en ninguna parte, es muy difícil poder determinar el sitio donde se encuentra. De todas formas, envíame a mi esa carta que dices quieres escribirle, y yo me las arreglaré para que llegue a su poder. Dispongo del soberbio Morronguís, que tiene un olfato que no se le escapa presa aunque esté a cien kilómetros de distancia. Te envío muchísimos y fuertes abrazos.

Amalio H. Jiménez.—¿No has leído la «Correspondencia» de números anteriores de mi Revista? ¿No has leído lo que tengo que contestar a los Pinochistas que me envían dibujos hechos a lápiz? No. No lo has leído; de otro modo, no me hubieses tú enviado unos dibujos tan lindos hechos con lápiz de color. ¡Qué lástima que no puedan publicarse! Dibuja en lo sucesivo con tinta, y todo arreglado. Muy tuyo.

Pepito Martínez.—Tú eres ya reincidente en esto de enviar dibujos hechos a lápiz, y además me envías cuatro con un solo cupón. Por unos instantes has hecho que me enfade, pues me da mucho coraje que unos dibujos tan preciosos no puedan salir en mi Revista por tu culpa. Claro que yo confío en que no repetirás el error. Si es así, me desenfado en seguida y pelillos a la mar. ¡Ah! Y no olvides que cada trabajo ha de venir con su cupón correspondiente. Te abrazo muy efusivamente.

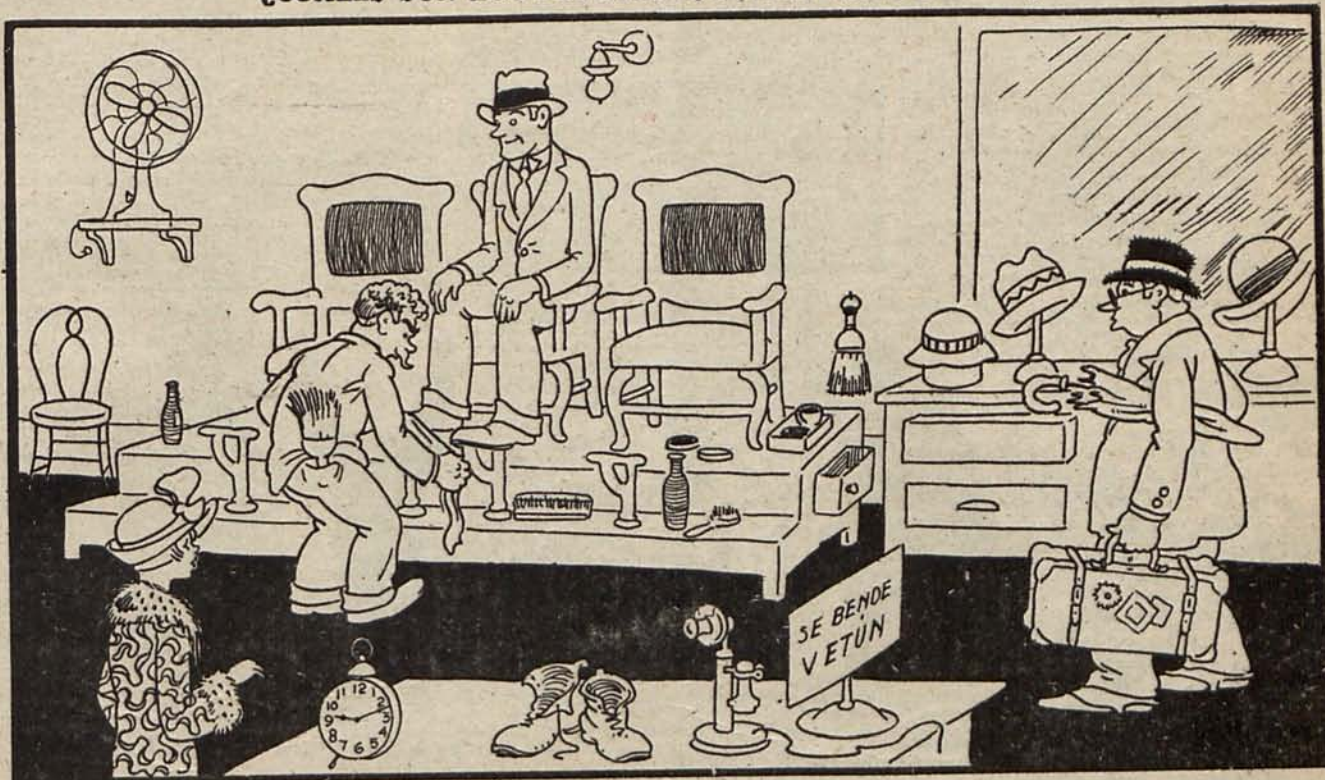
Martin Sánchez.—No, no y no. Yo no publico ese cuento, porque no quiero que mis amigos Pinochistas se mueran de risa. No por la risa que les produciría el cuento, sino por ver que firmabas tú un cuento de Perrault. ¡Dígo! A no ser que Perrault haya firmado un cuento que es tuyo. Si acaso es así, te agradeceré me pongas en claro el asunto. Tuyo,

Pinocho

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JULIO

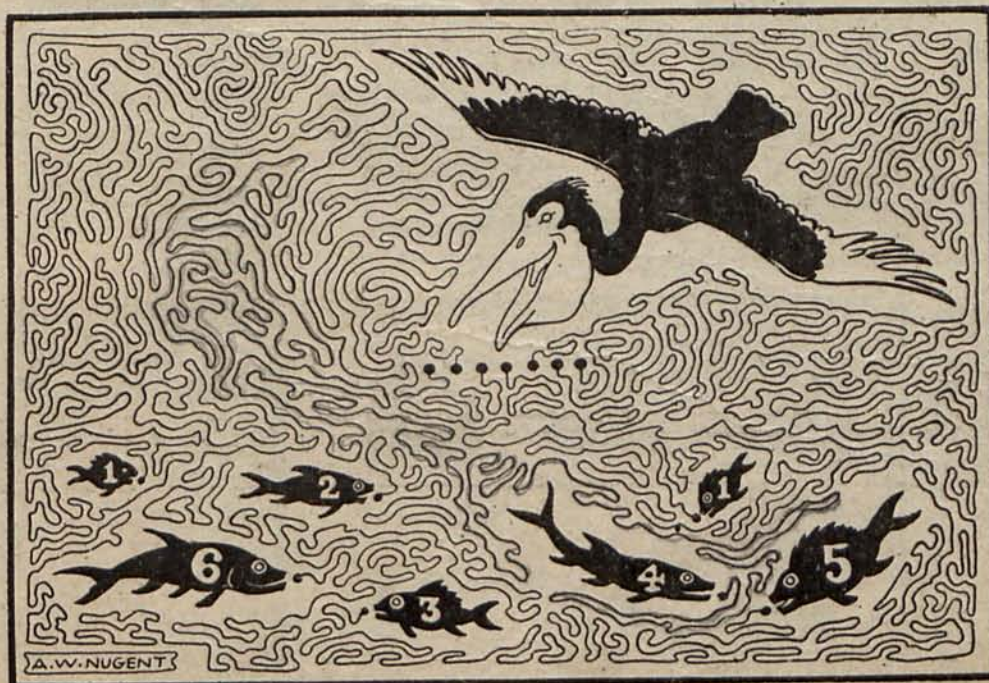
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

¿CUÁLES SON LOS ERRORES QUE HAY EN ESTE DIBUJO?



En este dibujo, que representa un salón de limpiabotas, hay diez errores. El dibujante se limpia las botas en casa porque es más económico; por lo tanto, no os extrañe no sepa cómo es un salón de este género. Uno de los errores consiste en que el cajón que hay debajo de los sombreros no tiene agarrador. ¿Cuáles son los otros nueve?

EJERCICIO DE PESCA

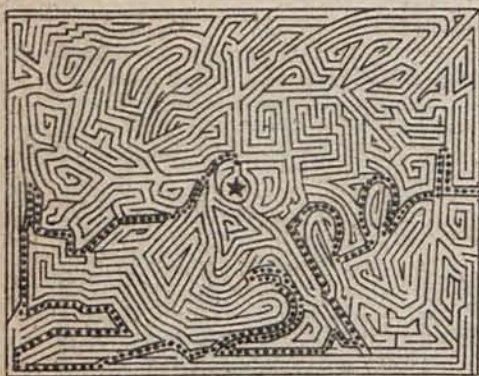


Hay un refrán que dice: *El pez grande se come al chico*; pero esta vez no es el pez grande, es el pelicano gigantesco. Este ejercicio de pesca consiste en averiguar cuál de las bolas que hay cerca del pico del pelicano es la que corresponde a cada uno de los peces. En cada una de estas bolas id poniendo el número correspondiente de cada pez.

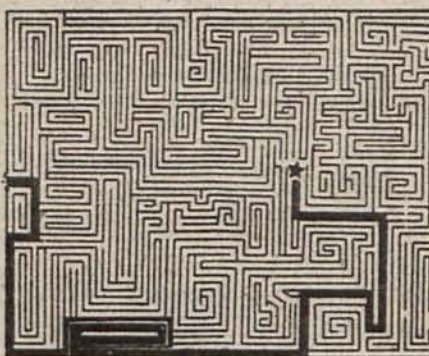
SOLUCIONES DE LOS PROBLEMAS Y PASATIEMPOS CORRESPONDIENTES AL MES DE NOVIEMBRE

NÚMEROS 90, 91, 92 Y 93.

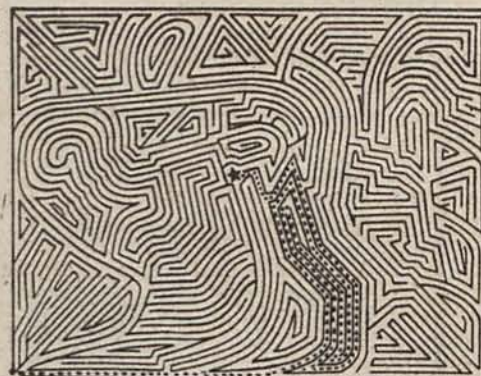
LABERINTOS



Las esposas abandonadas.



Rompecabezas.



Problema sideral.

Rompecabezas.

Una fiesta submarina.



El carnaval de los animales.



Los pescadores de ranas.

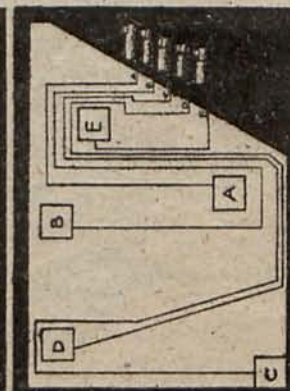
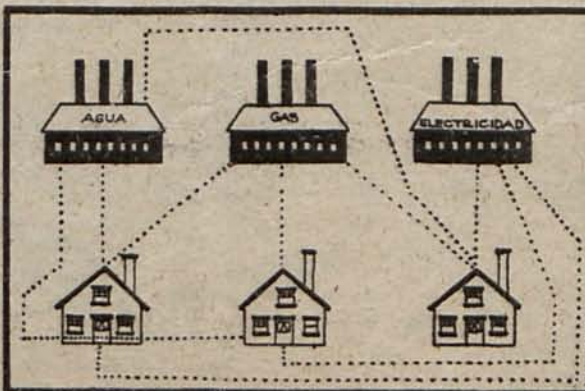
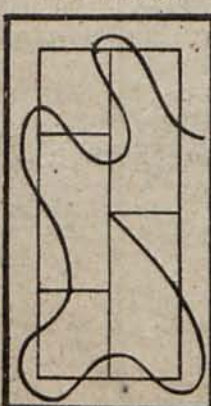


El conejo abandonado.

Los cuadros.

Problema de ingeniería.

Problema ferroviario.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE JULIO

Todos los Pinochistas pueden colaborar en esta sección, pero es condición absolutamente indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente.



Una elegante.
ANGELES DIAZ.



El papá de Colorín.
ROSARIO LOSADA.



Currinche.
JOSÉ LUIS PÉREZ.



Lucio.
PEDRO MUÑOZ.



Currinche.
RAFAEL ARACIL.



Mi amigo Angel.
LUIS GARCIA.



Un paisaje.
ANTONIO ABADAL.



Cap. Polonio.
JOSEFINA BUSCHSVITA.



Paisaje nocturno.
MATILDE VEGA.



Pinocho.—¿Cómo? ¿Ya no quedan más puros?
Don Turulato.—Decididamente, fumamos demasiado.
JOSEFINA HERNÁNDEZ.



Un acorazado.—F. BASTANOCHÉ.



Una jugada emocionante.—GLORIA MUGURUZA.



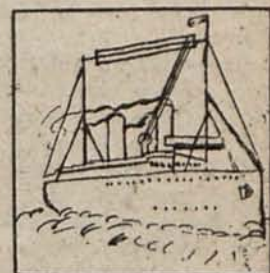
Un vapor.
M.^a LUISA ABADAL.



Pirula.
GLORIA MUGURUZA.



Corretón y Currinche.
ROMÁN JUGO.



El vapor «Pinocho».
ANGEL LARORDA.—Siete años.

Mariposa y princesa.

En una casita de humilde aspecto vivía una pobre viuda en compañía de su hija, preciosa niña de seis años, llamada Rosita. La madre, muy enferma, no podía trabajar, y la niña recogía flores, que en ramitos vendía en la ciudad. Un día, que su madre se sintió mal, dijo a la niña:

—Ve, hija mía, y di a nuestra vecina que venga.

Esta era una vieja horrible y gruñona a la que la niña siempre había tenido miedo; pero su madre no temía a nadie y quería dejar a su hija al cuidado de alguna persona antes de morir. Llegó la vieja, y su madre le encargó cuidarla de su hija; pero, como veréis, fue todo lo contrario. Murió la madre, y la niña marchó en compañía de la vieja, la que hacía trabajar a la niña y la tenía asustada con sus malos tratos. Un día de mucho frío mandó la vieja a la niña a recoger leña al bosque y le dijo:

—Tienes que traer mucha leña y en muy poco tiempo, y si no, pobre de ti.

La niña marchó muy de prisa; pero como era muy pequeña y tenía mucho frío, sólo pudo coger unas ramitas, y al momento de verla, la vieja empezó a reñirle y a pegarle y le dijo:

—Por no haber hecho lo que te he mandado te voy a convertir en mariposa. Y tocándole con una varita le dijo: «Mariposa serás hasta que la reina te cogerá.»

La mariposita salió volando y desapareció, pasando muchos días en el campo volando de flor en flor. En aquel país vivían unos reyes, que siempre estaban tristes por no encontrar a una niña, que nunca habían logrado encontrar. Un día que la reina paseaba por el jardín vio una mariposa y trató de cogerla; pero cuál sería su sorpresa cuando oyó una voz que decía: «Coge esta mariposita y tendrás una niña». Al momento de cogerla en su mano la reina, volvió a ser la bella Rosita. Ya podéis figuraros la alegría de la reina; la llevó a palacio, donde la niña refirió su triste historia, y la reina le dijo:

—Ya no pasarás más penas; desde hoy serás mi hija.

La vistieron como lo que era, como una princesa, y desde aquel día la niña vivió en palacio muy dichosa con los papás tan buenos que el cielo le había concedido.

ANTONIO MONDEJAR.
Ocho años. Huete (Cuenca).

CUARTO GRAN SORTEO DE REGALOS PARA TODOS LOS PINOCHISTAS

Pueden tomar parte en este sorteo no sólo los suscritores, sino todos los lectores de PINOCHO. Los premios, como siempre magníficos, serán los siguientes:

- 1.º Un auto Citroën igual que los anteriormente sorteados.
- 2.º Una estupenda bicicleta.
- 3.º Doscientas pesetas en dinero.
- 4.º Un baúl «trousseau» de muñeca.
- 5.º Cien pesetas en dinero.

Para tomar parte en este sorteo habrá que reunir todos los cupones que publicaremos correlativamente hasta el último número de Setiembre de 1927. En dicho número se publicará una plantilla, en la cual habrán de pegarse todos los cupones.

Cada Pinochista tendrá que escoger su número, y los cinco Pinochistas que escojan números más aproximados a los cinco primeros de la Lotería de Navidad, serán los que obtengan los cinco premios de nuestro CUARTO GRAN SORTEO DE REGALOS. Los demás detalles serán publicados oportunamente.

PINOCHO

SORTEO DE REGALOS
DE NAVIDAD DE 1927

CUPÓN N.º 4



SECCIÓN PIRULA

CUENTOS DE PIRULA

El milagro del sable de madera.— Si habéis leído los cuentos de *Las mil y una noches* recordareis seguramente el nombre del califa Harun-al-Raschid.

Este califa...

(No necesito deciros que califa es un soberano mahometano, así como, por ejemplo, zar era el soberano de Rusia; káiser el de Alemania, y shah el de Persia);

...este califa, digo, era famoso por su costumbre de recorrer solo, de incógnito, las calles de su capital, como un don Juan particular, entablado conversación con cualquier transeúnte y enterándose de lo que su pueblo opinaba de su manera de gobernar.

Como iba muy bien disfrazado y nadie le reconocía, el buen califa oía más de una vez cosas bastante desagradables sobre sí mismo; pero esto, lejos de molestarle, le agradaba, porque le enseñaba a ser modesto.

Eso mismo nos convendría a todos, pues lo que se nos dice por cortesía o por bondad no siempre es lo que se piensa realmente de nosotros, y a más de una niña presumidilla no le vendría mal enterarse de que los mismos señores que acaban de alabarla amablemente diciendo: «¡Qué guapa! ¡Qué mona! ¡Es encantadora!», para darle gusto a ella y a su mamá, dicen entre sí al poco rato: «¡Qué niña más tonta! ¡Se cree una belleza! Es insupportable y ridícula».

Ya veis; a lo mejor, al leer estas líneas, diréis: «¡Qué pesada se pone Pirula con tanto sermón!», y como yo no os oigo, pues me quedo tan tranquila. De todos modos, por si acaso, volveré a mi cuento:

Una de esas noches en que Harun-al-Raschid erraba por las calles oscuras y silenciosas de la hermosa Bagdad, vió a un soldado que gemía y se mesaba los cabellos con desesperación.

Bueno y compasivo, deseoso siempre, además, de enterarse de la vida de sus súbditos, el monarca se acercó al afligido y le puso una mano en el hombro.

—¿Qué te pasa, amigo? —le preguntó.

—Una gran desgracia —contestó el soldado—; he perdido en el juego cuanto tenía, debo una fuerte suma y no dispongo ni de un miserable aspro para pagar.

(El aspro, como habréis adivinado, es una moneda de allí de escaso valor.)

—Ya no me queda —prosiguió el soldado— más que una solución: o arrojarme al río de cabeza o ir a ver a Muzaffer.

—Lo del río no me parece práctico —declaró muy serio el califa—, porque, cuando uno se mata, a lo mejor, luego se arrepiente toda la vida de haberlo hecho. En cuanto a Muzaffer, ¿quién es?

—¿Pero es posible que no lo sepas? —exclamó el hombre— ¡Se conoce que en tu vida has sido soldado!

El soberano estuvo a punto de echarse a reír al oír estas palabras; pero estaba preocupado por el nombre de Muzaffer, que había despertado su curiosidad.

—Si quieres —dijo— te acompañaré a casa de ese Muzaffer misterioso.

—¡Ay! —dijo el soldado echando a andar con su nuevo amigo—. Muzaffer no tiene misterio ninguno. Todos los militares de Bagdad, como acostumbramos a jugar... y a perder, le conocemos de sobra. Es un usurero que nos presta dinero, obligándonos a dejar en prenda un objeto de un valor infinitamente superior a la cantidad prestada; luego, cuando queremos rescatar la prenda, tenemos que devolverle el doble o el triple del dinero que de él recibimos. De este modo, ese bandido desalmado se enriquece a costa nuestra.

—¿Y no sería más prudente —preguntó el califa— dejar de jugar? Así no perderías y no tendrías que recurrir al usurero.

—¡Ah, claro, claro! Pero la pasión del juego es más fuerte que el miedo a Muzaffer. A mí ya me ha despojado de cuanto tenía, y ahora le tendré que entregar el único objeto de valor que me queda.

—¿Alguna joya?

—¡Quí! Mi sable.

—¡Tu sable! —exclamó el califa, que no pudo disimular un gesto de horror—. ¿Cómo es posible que un militar se atreva a desprenderse de una parte tan esencial de su uniforme?

—¿Y qué he de hacerle, señor? ¿Acaso puede un militar vivir sin pagar sus deudas?

En aquel momento llegaron al miserable tenducho de Muzaffer, un vejete de nariz ganchuda tocado con un sucio turbante.

—Muzaffer —dijo el soldado con voz trémula de emoción—, necesito diez aspros.

—¿Qué me traes en prenda?

Sin contestar, Alí —que así se llamaba el soldado— sacó su sable y se lo tendió al usurero.

—Te daré ocho aspros, ni uno más. Y para recuperar la prenda me tendrás que abonar veinte aspros, ni uno menos.

El soldado bajó la cabeza y aceptó el escandaloso trato. Entonces Muzaffer le entregó las ocho monedas mas un sable de madera cuyo puño imitaba bastante bien el puño del verdadero y que estaba destinado a dar el pego.

Con un suspiro, el soldado envainó el sable de madera en sustitución del de acero y salió de la tienda seguido por el soberano, estupefacto de la escena que acababa de presenciar.

—¿Y cómo te las arreglarás —preguntó Harun— si el califa revista las tropas y nota la supercheria?

—¿El califa? —exclamó el soldado con una risa de desprecio—. ¡Qué ha de notar! ¡Si es más tonto que una mata de habas! ¡Pues no hace poco tiempo que mis compañeros vienen practicando este truco sin que él se haya dado cuenta! Además, siempre que pasa revista nos avisan con anticipación.

—Vaya, pues me alegro de que tus asuntos se hayan arreglado tan fácilmente y te deseo mucha suerte con tu sable de madera —dijo el soberano—. Y ahora te dejo y me voy a mi casa, pues soy un honrado trabajador y he de madrugar.

Tras de estrechar la mano de su compañero, el califa Harun-al-Raschid volvió a su palacio, encantado de haber descubierto cosas tan interesantes y madurando ya en su cabeza un plan para dar una lección provechosa a todos aquellos empedernidos jugadores que servían en las filas de su ejército.

(Concluirá el domingo próximo.)

